

Particular atención le dedica el autor al estudio de los asuntos que van adquiriendo una especial relevancia en los diarios argentinos y chilenos de aquellas décadas: la evaluación del período colonial y la construcción de la sociedad civil, conforme a los principios y valores de la *Ilustración*. El libro culmina en un análisis de los diversos géneros de creación literaria incluidos en los periódicos y de la discusión que entonces se desarrolló en torno a la función formativa del teatro.

A manera de conclusión enfatiza el autor que los años cuyo testimonio recoge de los periódicos publicados entre 1800 y 1830, conforman una fase de *Ilustración* que determinó la totalidad del quehacer intelectual del período. Es por eso que resulta necesario comprender y valorar a la literatura neoclásica correspondiente a aquella etapa, no como una expresión estética independiente, sino en función de aquel proyecto global. Estimamos que esta proposición abre una perspectiva interesante para el estudioso de las obras de dicha fase inaugural de nuestra literatura. Igualmente, es sugestivo constatar la resonancia ulterior de aquella vinculación pragmática entre expresión literaria y requerimiento social en la concepción del quehacer literario hispanoamericano.

Estamos, pues, en presencia de un valioso estudio sobre los inicios de una cultura literaria nacional en Argentina y Chile. El trabajo se fundamenta en materiales de difícil acceso, de los cuales nos entrega una información exhaustiva y sistematizada. Su análisis proyecta una luz novedosa sobre aquel primer período de la historia literaria de esos dos países.

<https://doi.org/10.29393/At473-19AVAO10019>

## *ANTIGUA VIDA MÍA*, DE MARCELA SERRANO

Editorial Alfaguara. Santiago, 1995

ALEJANDRA OCHOA P.  
Becaria Fondo Nacional del Libro  
y la Lectura

Marcela Serrano ha publicado a la fecha tres novelas: *Nosotras que nos queremos tanto* (1991), galardonada con el Premio de Novela "Sor Juana Inés de la Cruz" 1994; *Para que no me olvides* (1993), Premio Municipal de Literatura (Santiago) 1994, compartido con el escritor Jorge Guzmán, y *Antigua vida mía* (1995). Heredera declarada de la Generación del 50, vale decir, de las escritoras Mercedes Valdivieso, María Elena Gertner, Margarita Aguirre y Elisa Serrano (madre de la escritora), comparte con ellas el interés por retratar la vida de mujeres pertenecientes a la burguesía chilena en conflicto con su entorno, mostrando personajes femeninos desorientados y en búsqueda de nuevas formas de existencia. Serrano, en todo caso, también se encarga de establecer diferencias, la más importante de las cuales dice relación con una mirada mucho más politizada presente en sus novelas, producto, entre otras causas, de los últimos y decisivos veinte años de la historia de Chile.

Adriana Valdés, en su artículo panorámico “Las novelistas chilenas”, en *Aisthesis* (1968), establece algunos rasgos comunes a la generación antes mencionada, a cuya producción denomina “La novela de la burguesía urbana”; características que habría que evaluar en relación a Marcela Serrano, en particular las referidas a los aspectos negativos, entre los cuales destaca una cierta superficialidad para tratar temas que en sí mismos son trascendentales, una “...tracción que más se acerca a la del chisme que a la de la literatura” (129), y el afán de entregar un “‘mensaje’, que pretende dar sentido al resto de los elementos” (127). La crítica periodística le ha reprochado a Serrano la debilidad en las estructuras narrativas de sus dos primeras novelas y, en general, un excesivo afán de trascendencia presente en su escritura. A pesar de lo anterior, respecto a su tercera novela, *Antigua vida mía*, se ha considerado que constituye un avance, tanto en términos de estructura como de su perspectiva sobre el lugar de la mujer en nuestra sociedad.

En su obra las protagonistas son mujeres ubicadas en la más estricta de las actualidades; se constata en ella la opción por reflexionar el Chile de hoy a través de múltiples historias y perspectivas femeninas. Cada una de sus novelas ha rescatado la amistad femenina como uno de los valores supremos, especial y profundamente en el caso de su última creación, donde Josefa Ferrer, una famosa cantante, cuenta la historia de su mejor amiga, Violeta Dasinski, y la suya propia y las de sus madres e hijas, un tejido de voces, un tapiz de los que hace Violeta, la de este relato o los que hizo la otra Violeta, la de apellido Parra, a quien, entre otras, está dedicada la novela.

*Antigua vida mía* no sigue un orden cronológico; la primera parte, “Fin de fiesta”, comienza por el suceso que cambia la vida de Violeta y por el rescate de su diario que hace Josefa, la narradora. De allí se inicia la escritura, pues Josefa dice: “Esta quisiera ser la historia de Violeta, si la mía no se entretrejiera tanto con la de ella” (21). Así entonces, el relato se construye a dúo, la voz de Josefa y el diario de Violeta (en cursiva), volviendo atrás hasta llegar al día del accidente, al día que inicia la segunda vida de Violeta y también la de Josefa. “Intermedio” cuenta la historia de Cayetana, la madre de Violeta y adelanta el siguiente espacio, la ciudad de Antigua, en Guatemala, donde finaliza la segunda parte, “El último bosque”. “Ora pro nobis” cierra la novela, un cántico de las tres generaciones de mujeres que conforman el relato.

La nostalgia es uno de los sentidos que recorre la novela, se añora un Chile que ya no existe, sentimiento que se verifica en los diálogos, en las conversaciones que sostienen ambas amigas y en las que surgen en encuentros con amigos. Es quizás una de las partes débiles del texto. Es tan fácil caer en el acartonamiento, en conversaciones de personajes que más bien parecen conferencias o pretextos para una tesis del autor, y eso pasa con Serrano, los diálogos no parecen naturales, son demasiado trascendentales en relación con la historia y con la naturaleza de las y los hablantes. En verdad, el afán de trascendencia es uno de los puntos álgidos de la novela. A ratos pareciera que Violeta es una especie de santa para Josefa. Un cierto tono apologético que no se aviene con la historia, con la idea de que la vida de su amiga es algo cotidiano y común a muchas.

Uno de los aspectos más interesantes de la novela es la configuración de un tiempo y espacio simbólico, Antigua, ciudad donde Violeta encuentra su segunda vida y profesión, bordadora de tapices, oficio que a través de los tiempos ha sido ejercido preferentemente por mujeres. Antigua, espacio del reencuentro consigo misma de Josefa. Antigua, lugar donde todavía es posible vivir porque no ha llegado la modernidad. Antigua, mostración

de cierto americanismo de la autora. Antigua, nombre de novela. Otra característica destacable es la presencia de una estirpe de mujeres, lo que recuerda a la primera novela de Isabel Allende, *La casa de los espíritus*. Serrano utiliza la misma estructura para dar cuenta de los cambios que se han producido en nuestra sociedad, desde los años sesenta hasta nuestros días y para reflexionar sobre el lugar que les correspondería ocupar a las mujeres en el país y en el mundo actuales. Una de las respuestas la tiene Violeta, la otra quedará abierta y en manos de la narradora –Josefa– y posiblemente en la de los lectores (as).

De alguna manera, la crítica –hasta el momento la periodística– ha coincidido en valorar a *Antigua vida mía* como la mejor novela de Serrano, una suerte de consolidación de su destreza literaria, a pesar de lo cual es indudable que todavía hace falta mucho para que su obra pueda formar parte de la buena literatura que produce nuestro país.